

UN NUEVO MUSEO

Por Leoncio Urabayen

Queremos exponer la idea de una nueva institución, nueva por su modalidad, nueva por sus medios y nueva por su actuación que, en razón de su carácter específico, sólo puede nacer y desarrollarse en el seno de ciertas entidades que cuenten con recursos y medios adecuados para tal finalidad. La institución en cuestión es un Museo de nuevo tipo, realizado gracias a las posibilidades que ofrece la técnica moderna.

Como es sabido, los Museos actuales están constituidos por colecciones ordenadas de objetos valiosos por su rareza, su valor artístico o su significación histórica, tecnológica o social. Esa misma rareza hace difícilísima y extraordinariamente costosa la formación de tales Museos, que sólo alcanza consideración al cabo de largos años de metódicos y continuados esfuerzos y de costosos gastos, ocasionados por la adquisición de ejemplares únicos.

Pero además de esos inconvenientes, los Museos actuales solo nos dan la vida en forma quieta, parada, inmóvil. El flujo corriente de la vida sin cesar en todas sus manifestaciones, ciencia, arte, técnica, sucesos, no hay que buscarlo en los Museos porque no está en ellos. Allí no están más que los cadáveres que deja esa corriente vital, en forma de objetos, todo lo valiosos que se quiera, pero muertos y desprendidos del marco que les dió vida.

El Museo en que nosotros hemos pensado recogería no solo los objetos muertos en todo el mundo, cosa que parece imposible tratándose de un Museo de los de tipo conocido, sino la palpitación misma de la vida, que se haría presente en los sucesos y acontecimientos, así como en todos los actos colectivos e individuales que ofrecieren algún interés al investigador y aun al simple curioso.

Podrá este parecer un programa demasiado ambicioso y hasta increíble. Pero lejos de serlo, podemos asegurar que es tan factible como la cosa más natural del mundo, y además podemos añadir que con una economía y una simplicidad de medios que no se pueden comparar con las de ninguno de los Museos actuales.

Y como no hablamos por hablar, pasamos ya a exponer la índole y las características de este nuevo tipo de Museo en que hemos pensado y que, por estar formado por imágenes de las cosas y no por las cosas mismas, podemos denominar MUSEO DE IMAGENES.

La idea consiste en aprovechar las casi infinitas posibilidades del cinematógrafo y del fonógrafo, de los cuales no se ha sacado el inmenso partido que ofrecen al mundo moderno.

El cinematógrafo nos da la impresión de los objetos, a veces aun más completa que en la realidad, puesto que podemos contemplar todos sus aspectos simultánea o sucesivamente, y nos permite en la práctica poseer, reproducidas en todas sus facetas, las obras únicas de todos los tiempos, cuadros, esculturas y demás obras de arte y hasta conjuntos que ningún Museo puede contener, como las catedrales góticas, o los templos griegos, o los palacios del Renacimiento, o los rascacielos neoyorkinos. Podemos tener también y analizar a nuestro antojo por medio del cinematógrafo los objetos de uso popular, los modelos tecnológicos, los inventos más peregrinos, las máquinas más complicadas, las obras útiles más perfectas de los hombres.

Y sobre todo, el cinematógrafo nos puede dar la faceta más interesante de la vida, cuyo rastro queda sembrado de cadáveres que son los objetos: su morfología múltiple, su transcurso continuo, su fluir constante, fijando para siempre la fugacidad inherente a las cosas vitales (que de otro modo desaparecerían, como ha sucedido hasta el presente, sin dejar más rastro que el de su recuerdo más o menos borroso) y permitiendo en todo momento el estudio de los acontecimientos pasados. La Historia y la misma vida quedarían así fijadas y conservadas perpetuamente, para curiosidad y enseñanza de las generaciones presentes y venideras.

¿Qué no daríamos nosotros por presenciar la invasión de Grecia por los Ejércitos de Jerjes, o la actuación de los caballeros cristianos en las Cruzadas, o la campaña de Rusia dirigida por Napoleón, o el funcionamiento de una Asamblea democrática en una ciudad antigua griega, o la representación en su tiempo de un drama de Sófocles o de una farsa de Aristófanes? Todo esto se ha perdido definitivamente. Pero a partir de la invención del cinematógrafo y del fonógrafo, ningún acontecimiento de valor puede ya escapar a su ojo y a su oído perspicaces y poderosos, y nuestros descendientes podrán reproducir las escenas actuales en el momento y sazón que les convengan. La experiencia está hecha con motivo de la última guerra mundial, cuyos sucesos, alternativas y concomitancias han quedado registrados en multitud de films que, en parte, todos hemos llegado a conocer.

Pero esta inmensa riqueza documental se encuentra desperdigada, lo cual disminuye en gran parte su valor útil. Se impone un esfuerzo bien dirigido que utilice hasta el máximo las oportunidades que le brinda la ocasión y asimile los frutos que se derivan de la posesión de medios tan formidables como el cinematógrafo y el fonógrafo. Esta es una de las finalidades principales del Museo en que hemos pensado, que completaría con este aspecto fundamental de la actividad humana el otro de conservar para la posteridad los objetos más notables que ha producido la habilidad de los hombres.

Mas no sólo los acontecimientos políticos serían dignos de registrarse. Toda la inmensa riqueza del folklore, las costumbres populares, los procesos tecnológicos, las manifestaciones deportivas y cuantas expresiones de la vida colectiva permanecen ahora reclusas en un punto y expuestas a desaparecer irremediabilmente, se difundirían de un modo prodigioso y quedarían fijadas, haciendo posible su conservación a través de los siglos.

Esta labor requeriría un trabajo importante para coleccionar todos los films interesantes por algún concepto para la vida de la Humanidad ya producidos, y la actividad dirigida de los productores de films para registrar todos los acontecimientos notables que fueran ocurriendo. Como estamos seguros de que

el Museo que se estableciese había de ser imitado en otros países, podría llegarse a un concierto entre todas estas instituciones para la obtención de los films que interesaran a todos ellos. Aunque creemos que sería preferible que cada Museo se especializase, bien conservando asuntos de índole determinada, por ejemplo, tecnología, o folklore, o arte, o Historia, etc., o bien restringiendo su campo de acción a una comarca o país propios. Porque la materia es tan vasta que resultaría imposible abarcarla en su totalidad.

La organización del Museo en cuestión la vemos nosotros con claridad y sin grandes dificultades. Todo se reduciría a un almacén suficientemente capaz para las películas y discos que se fuesen adquiriendo y los que pudieran venir en lo sucesivo, y donde se guardaran debidamente catalogados y archivados para permitir un uso inmediato y fácil de los mismos.

Pero este nuevo Museo, de características totalmente distintas de las de los actuales, no podría desempeñar una labor útil si no es gracias a la proyección de las películas, que sustituiría a la visita y contemplación de los objetos y permitiría presenciar las actuaciones y acontecimientos registrados en los films. Para ello sería necesario contar con una sala de proyecciones capaz, bien acondicionada y dotada de un buen aparato sonoro. La visita al Museo sería, pues, sustituida por la asistencia a una sesión de cine, de finalidad puramente cultural. El éxito de estas exhibiciones puede darse por asegurado, ya que las actuales sesiones de cine documental a base de actualidades y noticiarios atraen a numeroso público.

El almacén y la sala de proyecciones se completarían con un cuerpo de operadores tomavistas, que acompañarían a todas las expediciones que se organizarasen, para registrar sus resultados.

Esto, con el personal que se necesitaría para el funcionamiento de esas tres ramas del Museo, constituiría su estructura fundamental. Dentro de ella habría que establecer las correspondientes Secciones de Ciencias, Artes, deportes, folklore, Historia, tecnología, etc.

Así pues, el material que forma otros Museos, tan caro y tan difícil de reunir, sería sustituido por los films, que reprodu-

cirían objetos, acontecimientos y procesos fotográfica y sonoramente y hasta en colores. Las visitas que en otros Museos se hacen contemplando los objetos, se harían en éste contemplando los films en la sala de proyecciones. Todos los días se proyectarían películas siguiendo un plan y a determinadas horas, que sustituirían a las de visita al Museo y que se anunciarían diariamente en la Prensa local.

El presupuesto del Museo sería muchísimo menor que el de otro a base de objetos (la compra de éstos es muy costosa) y mucho más rico que éste, puesto que contendría también procesos de acción, procedimientos y sucesos. La instalación también sería menos costosa, pues bastaría habilitar el almacén y la sala de proyecciones, aparte de las dependencias administrativas. El personal sería asimismo más reducido, pues no harían falta vigilantes ni conservadores. Sólo las personas necesarias para adquirir, manejar, catalogar, archivar y proyectar los films, además de las encargadas de organizar las proyecciones.

La labor cultural que podría desarrollar este Museo sería muy grande. Podría dar dos sesiones de hora y media o tres de una hora por la mañana y otras tres o cuatro por la tarde, gratuitamente o a precios muy reducidos, contrarrestando de este modo la acción perniciosa de muchas películas, para lo cual se confeccionarían programas variados (historia moderna, ciencias diversas, artes, técnicas, deportes, países y paisajes, instituciones sociales, folklore, etc.). Los niños de las escuelas y colegios asistirían turnándose todos los días y creemos que podrían aprovechar muchísimo. Además, podrían organizarse cursillos sistemáticos y conferencias sobre cuestiones científicas, artísticas y sociales sobre la base de los films.

Adquiriendo películas cuya proyección pública ha cesado ya, con relativamente poco dinero podría constituirse un fondo inicial que permitiría actuar al Museo desde un principio.

La creación de un Museo como el que proponemos intensificaría la labor de extensión cultural con la difusión de los conocimientos de una manera fácil y agradable y centralizaría el repertorio de objetos, prácticas y sucesos de todo el mundo,

que de este modo se hallaría al alcance de cualquier estudioso y aun del simplemente curioso. Como representa una economía y una simplificación, además de un gran perfeccionamiento en la organización de estas instituciones, no dudamos que tal modalidad acabará por implantarse y adquirir carta de naturaleza en cuantos lugares haya interés por la difusión de la cultura y deseo de conservar y perpetuar cuanto de bueno e interesante se da hoy en la organización social del mundo contemporáneo.

Pamplona, 23 de Mayo de 1949

Leoncio Urabayen

Nota de la Redacción:

También tenemos en cartera un trabajo sobre "Organización de un museo", que nos parece de gran interés y que será publicado en el número próximo.